

# Yo también quiero un profeta

## LEDA RENDÓN

Salomé, el mito cuyo origen se remonta más de dos mil años atrás, inspiró en nuestra época contemporánea a más de un realizador tanto en el cine (Carlos Saura), como en el teatro (Oscar Wilde). Más allá de la historia central, la historia encierra una metáfora sobre la decadencia provocada por la ambición de posesión, pero sobre todo, nos dice que uno es esclavo de aquello que desea o elige.

En la obra, *Yo también quiero un profeta*, escrita por Ximena Escalante un profeta llega a irrumpir la pasividad del reino y hay que silenciarlo. Entre deseo, odio, posesión y curiosidad va siendo despojado de forma cruenta de su lengua, sus manos y su cabeza. Puede pensarse la obra como un ensayo del cuerpo del profeta, donde los personajes mutilan al hombre que los inquieta.

Lo que despierta nuestra fascinación en el mito, son las connotaciones sexuales: no podemos dejar de apreciar aquella decapitación como una metáfora de la castración; sin embargo, nos preguntamos por qué lo hizo, ya que la fuerza del mito parece no ser importante en la puesta en escena de Martín Acosta. Si bien con trazos adecuados y bien planteados nos deja una cierta añoranza de la escena dirigida a favor del actor.

El rey Herodes (José María Yázpik) es un personaje femenino por no decir afeminado, la Reina (Dora Cordero) es un objeto, como ella misma se define, Salomé (Guillermina Campuzano) es una adolescente inquieta, quizá basada en los evangelios, el personaje resulta ingenuo, simple y no se aprecia su evolución. Por ejemplo, en la *Salomé* de Oscar Wilde, el mito retoma fuerza al dotarse de un deseo de castración metafórico de intensas connotaciones sexuales, porque Salomé es, esencialmente, la pasión; la pasión llevada al límite. Si bien hay personajes muy interesantes como el Verdugo, encontramos a una mujer como la amante que es esencialmente tonta y la reina que se declara a ella misma como un objeto manipulador.

El texto de Ximena Escalante que plantea aparentemente una estética cinematográfica nos deja una suerte de obra que parece más bien televisiva, donde la ficticia vertiginosidad que podrían dar cuadros cortos se vuelven un obstáculo para la fluidez necesaria de una obra de teatro. Podemos ver que las escenas son en su mayoría de dos personajes, donde generalmente uno se dedica a hablar y el otro apenas articula sonidos y pequeñas frases, lo que hace que no existan contrastes en las relaciones; la fórmula se vuelve monótona a la cuarta parte de la obra. Sin embargo al mismo tiempo se trata de una obra atractiva cuando la escena está regida por una acción, como cuando el verdugo mata a su poema, o en la escena final donde el Rey festeja su cumpleaños, en esas dos escenas ocurren acciones dramáticas simultáneas y reacciones muy concretas hacia el Rey. Por otro lado está la relación mítica de Herodes y Herodías criticada ferozmente por Juan el Bautista, quienes eran medios hermanos y que para consolidar el reino se unieron en matrimonio; es por criticarlos que el profeta es puesto prisionero. Esta relación, poderoso material dramático, no se explora en el texto.


Lo que es de aplaudirse es la actuación del Verdugo (Alejandro Calva) que nos regala más de tres momentos conmovedores dentro de la puesta en escena. En él se encuentra la pasión llevada al límite. Cuando le arranca la lengua al Profeta y le corta las manos son momentos muy bien llevados por el actor, maneja un doble discurso que hace al personaje muy atractivo para el espectador.

El vestuario de María y Tolita Figueroa nos remite a una cierta nostalgia, a eso que caracteriza, según la crítica Ángeles Alemán, a Salomé como un ajuar elegante, preciso y precioso, como fueron los dibujos de Beardsley, limpio de líneas, sugerente, que precisa de artesanos más que de artistas, y que logra con todo ello sumergirnos al mundo de una mujer hermosa, anhelante, seductora quien después de todos esos encantos decide condenarse ella misma a la muerte por no haber obtenido lo único que “la hubiera dejado satisfecha”: Juan el Bautista.

Salomé reaparece en un nuevo milenio. A pesar de los siglos, sigue actual su potencia seductora. Sólo antes de ordenar su ejecución, sólo después de haberla visto besar la cabeza sin cuerpo del Bautista, ella se impregna de terror y ruega.

La escenografía, un baño donde el Rey Herodes desahoga las penas con su verdugo, con su amante incluso frente a su esposa, es poco escurridiza, demuestra su presencia continuamente, se oyen los ruidos de sus engranajes que vienen y van convirtiéndose en un personaje principal, innecesariamente. Sus movimientos estorban al tránsito de los actores, y se vuelve un personaje incómodo que no deja de ser espectacular.

Salomé marca el hito de la contemporaneidad en la mujer, que articula su seducción como nadie, la polaridad seducción-muerte; es Salomé quien pierde todo por el profeta anhelado, Juan el Bautista. Y no sólo ella sino todo un reino se encuentra perturbado por él, él quien como el protagonista del Teorema de Pasolini provoca que toda una familia se encuentre perturbada por sus encantos. ■



Contigo  
en posición

PALACIO DE  
BELLAS ARTES

70  
ANIVERSARIO  
1914-2014

ORATORIO  
SOCIETY  
OF NEW YORK

COORO DEL  
CARNEGIE HALL

Mesías  
George Frideric Handel

Noviembre • 2004  
Martes 23 y Miércoles 24,  
20:00 hrs.

ORQUESTA  
SINFÓNICA  
NACIONAL  
ENRIQUE ARTURO DIEMECKE  
DIRECTOR ARTÍSTICO

Palacio de Bellas Artes  
Av. Juárez y Eje Central

CONACULTA · INBA

Informas: 5202-1964 / Lado: 01 800 904 4000 Consulta nuestra cartelera en: [www.inba.aob.mx](http://www.inba.aob.mx)